

circulación de los productos, aproximando ó alejando los mercados de consumo de los centros de producción y engrandeciendo ó arruinando las naciones, según patentizan multitud de ejemplos que pudiéramos citar, sinó lo creyéramos de todo punto ocioso, dada la ilustración y buen juicio de los que han de leer estas líneas.

La economía en los transportes de que gozan otros países, explica bien claramente el creciente desarrollo que en ellos han adquirido la agricultura y la industria, y hasta la competencia que pueden hacer y hacen á los productores nacionales, dentro de la misma Península, con lo cual, como ya tenemos dicho, se altera la geografía comercial con profunda perturbación del orden económico.

La opinión pública aún no ha penetrado bien el fárrago de las tarifas españolas, cuyos detalles son tristísimos, pero sufre, palpa y conoce los extragos que causan en la riqueza pública, condenada á la inmovilización; riqueza que se esteriliza por sí propia ante la imposibilidad de circular, dañando por igual á los que producen y á los que consumen.

Permítasenos una digresión que es aplicable al estudio que nos ocupa.

En la pavorosa cuestión de los vinos, se ha dicho y con razón, que las regiones vitícolas más próximas á los grandes centros de consumo, como Madrid y Barcelona, soportan mejor las terribles consecuencias de la actual crisis de la viticultura. ¿Por qué? Porque las comarcas más lejanas de aquellos centros de consumo tienen que soportar unas elevadas tarifas de transportes para exportar sus vinos, y claro es que sufren una competencia irresistible, que en los más apartados parages de la producción significa la absoluta prohibición de exportar, que es la ruina completa, que se revela con lamentos de desesperación en los meetings y reuniones recientemente celebrados.

Por este solo hecho se puede calcular lo que sucede con todos los productos agrícolas del valle del Segura, á la vez que las consecuencias deplorables que trae consigo esa

